

# El profeta renuente

**Clara Isabel Maldonado**

Y el soñó, soñó que estaba en la playa, en una tarde templada de otoño. Era una playa llena de gente, habían cientos de niños y sus padres, observando un espectáculo. Un grupo de músicos cantaba al son de instrumentos nativos del corazón de Sudamérica. Las cuerdas y los vientos y las voces mezcladas con el clamor de la gente que respondía a la música cantando y bailando. Los cabellos y las manos de los niños se agitaban al ritmo de la brisa, y todos parecían contentos en esa celebración de la vida, a pesar de que algunos de ellos estaban claramente enfermos.

Apartado del grupo, un niño con ropas humildes observaba el espectáculo atrapado también en la magia de la música pero con la mirada triste. Y él se acercó al muchacho, quien al mirarlo, antes de que le preguntara nada le habló. La voz oscura que salió de la garganta infantil era impropia para un niño de su edad.

‘Cuando tú tengas hijos, cuida de ellos, que no acaben como yo, que en el mundo me tengo sólo a mí mismo. Siempre seré un marginado.’

Y él respondió:

‘Quién eres tú para darte ese lugar a ti mismo, para calificarte tan pobremente y borrar la esperanza de tus palabras? ¿Quién eres tú si aún no te conoces ni a ti mismo, y por eso no tienes idea de lo que eres capaz de realizar? Sólo te falta descubrir lo que eres para empezar a serlo. Y yo te digo, tú eres más grande que todos ellos y que todos nosotros, porque tú tienes el don de curar y eres además un profeta’.

El niño lo miró con incredulidad y cinismo, una chispa de dureza en los ojos, de aquellas que no se ven sino en los hombres resentidos que ya al borde de la muerte saben que es muy tarde para hacer algo con sus vidas. Y se levantó, dándole la espalda, y empezó a alejarse encogiéndose de hombros como si hubiera escuchado las palabras de un demente.

Y él se levantó, sin resignarse a no haber sido escuchado, y señalando al muchacho empezó a repetir: ‘Un curador y un profeta’ ‘Un curador y un profeta’ y al ritmo de su voz que iba haciéndose más y más fuerte, el muchacho se vio envuelto en un torbellino de viento, de arena y agua, que le destrozó las ropas dejándolo desnudo primero, y luego, cubierto tan sólo por una túnica blanca y un turbante blanco en la cabeza.

Pero aún no quería creer sus ojos ni sus sentidos, y gritando, trató de alejarse de nuevo; pero a su paso, algunos de los niños enfermos empezaron a gritar con júbilo. La niña tuerta que sólo podía ver con un ojo, sintió el otro llenarse de una luz encegecedora primero y luego de la visión llena, cálida de la tarde marina. El niño

que tenía una enfermedad en la piel que le había cubierto el brazo de llagas, vio sus heridas cerrarse sobre sí mismas y desaparecer limpiamente. Y los músicos habían cesado de tocar y la gente de celebrar. Estaban todos observando a este muchacho que con rabia, con vergüenza, sólo quería desaparecer.

‘¡Pero mírame!’ le gritaba ‘¡Con este atavío me veo ridículo!’

‘No puedes negar tu destino.’ Le decía él. ‘Porque aunque tú no quieras hacerlo por tu voluntad, hasta tu sombra curará a tu paso’. ‘Un curador y un profeta’ empezó a decir nuevamente. ‘Un curador y un profeta’

Y repetía incesantemente las cinco palabras, cada vez más fuerte ante el asombro del niño vestido de blanco. Y cuando se volvió hacia la gente, esperando que reaccionarían quizás tirándole piedras como a un loco, escuchó las voces que poco a poco, se habían convertido también en un ritmo que vibraba aún sobre el rugido de las olas, repitiendo todos lo mismo; los padres, los niños, hasta los músicos al son de sus instrumentos: ‘Un curador y un profeta’ ‘un curador y...’

Por último, con los ojos llenos de lágrimas, aquellos ojos resentidos que nunca antes habían llorado, el muchacho lo miró.

‘Maestro’ - le dijo, temblando al descubrir el mundo que se le abría por delante pero estremecido por el clamor de voces gritando no sólo afuera, sino también adentro suyo - ‘Maestro, está bien, está bien, pero...¿Qué es un profeta?...